

Franz Emil-Sillanpaa

## Cuando la vida se apaga

Hemos traducido del francés este cuento del gran escritor finlandés Franz-Emil-Sillanpaa, agraciado a fines del año último con el Premio Nobel de Literatura de 1939 que discierne la Academia de Estocolmo.

Sillanpaa nació en 1888 en Toivalsand y publicó su primera novela «Sol y Vida», en 1916 y más tarde otras obras entre las que figuran «Santa Miseria», «Querida Patria», «Joven Muerta», «Cerca del suelo» y «El Regreso del Hombre».



S a fines de Julio, muy de mañana.

El verano ha llegado ya a su plena madurez y el sol brilla fulgurantemente, a pesar de la hora matinal.

La siega del heno, comenzada hace tiempo, toca a su fin, mientras tanto el centeno obscurece más cada día.

En todas partes, ignorándose unos a otros, ojos humanos miran hacia afuera, observando el cielo virginal, y las cosas vistas y vividas durante numerosas decenas de años se reaniman, un instante, en el fondo de las pupilas, como para hacer el balance y recobrar el valor para el trabajo que continúa sin descanso . . . el día,

viejo faro que gira y se enciende eternamente, se levanta de nuevo para dominar la vida,—la vida y la muerte.

En la pieza vasta y clara las agujas del reloj se acercan a las cuatro. El silencio profundo que reina alrededor, sólo es turbado, de tiempo en tiempo, por la respiración difícil que viene de dos rincones a la vez.

Cerca de la puerta, a la derecha, está acostado, encogido bajo las frazadas, el huésped de esta casa, un hombre de aspecto brusco, calvo, con el rostro devastado por los años. Detrás de él, a la altura de la cabeza, la ventana muestra sus seis vidrios oscuros y en la parte saliente algunos maceteros con flores, unos lentes y un libro de salmos, estos últimos tan viejos como los dueños de estos lugares y que parecen calentarse en el mismo sitio, a la misma hora, desde hace lustros, acaso desde siempre.

Muy al fondo, en el rincón más oscuro de la pieza, gime tímidamente el camastro de la madre. El aspecto de esta pobre cabaña parece impregnado de un perfume envejecido no desprovisto de cierto encanto y que penetra los muros, el marco de la ventana y toda una multitud de objetos con sus hendiduras y trizaduras y nudos curiosamente individualizados. Es en resumen, un interior campesino clásico, uno de los temas favoritos de las artes decorativas.

La madre se levanta primero. No se preocupa de mirar si el padre ha despertado, porque conoce su costumbre de quedarse más tiempo en el lecho. Desde

hace cuarenta años que viven juntos, el despertar de la familia ha sido siempre igual. La mujer comienza pronto a hacer sus menesteres caseros. Llena de agua la cafetera, la coloca en la estufa, enciende el fuego. Después, con un gesto habitual, casi automático, extiende la mano para tomar de sus respectivos lugares, consagrados desde hace años, la caja y el molinillo del café y se pone a moler. Terminado este trabajo, vigila la ebullición del agua con el oído atento al suave silbido del fuego, cuyo brillo disminuye a medida que la luz del día se precisa.

Basta con seguir por algunos instantes estos preparativos del desayuno, trabajo que se ejecuta día a día año tras año, regular e infaliblemente, para tener un idea casi completa de la vida que llevan estos viejos campesinos.

¡Sí! Fué en un tiempo en que todo era diferente, en el que florecían las esperanzas, en que los favores del destino no tenían límites. En esa época lejana, oculta por el peso de las desgracias la madre apenas levantada, se preocupaba primeramente de cubrir el cuerpo frágil de su hijo pequeño que se había destapado mientras dormía. A la vez que se apresuraba junto a la estufa, hablaba a su marido, le gustaba de preferencia contarle sus sueños como si éstos hubiesen sido acontecimientos tomados de la vida real y no sueños. El padre, acostado todavía, la escuchaba distraídamente con los ojos perdidos en el vacío y el cerebro agitado por los múltiples trabajos de la jornada laboriosa que iba

a comenzar. En esos tiempos benditos, después de haber hecho la primera comida frugal, abandonaban juntos la habitación sin que olvidaran nunca de dejar una taza de café y una rebanada del buen pan campesino junto al lecho del niño que debía levantarse en su ausencia.

Pero desde entonces ¡cuántos cambios! Hace ya más de quince años que los padres se despiertan sin que el hijo esté a su lado. La vida no tiene el mismo aspecto, las horas matinales languidecen, grises y monótonas.

Y no es eso todo. Algo tan grave como misterioso envía los primeros mensajes de su cercanía fatal que nada podría ya retardar. El cerebro aunque debilitado recibe dócilmente estos mensajes, cuyo siniestro significado no se le escapa.

Es la muerte que ronda en alguna parte muy próxima. Es el fin que espera pacientemente, aunque el día apenas comienza, como de costumbre.

\* \* \*

La madre bosteza ligeramente, sus ojos pesados por el sueño, miran, sin pestañear, una planta doméstica en un velador. Esa mirada fija, esa actitud impotente pone al desnudo su conciencia en la que se pintan todas las preocupaciones que la abrumen.

Un pensamiento la molesta particularmente, pensamiento que no puede rechazar: el padre ya no es hombre vigoroso, no debe contar con él! Por otra parte,

hay una cosa que obsesiona al anciano día y noche: el otoño anterior faltó leña y hubo que esperar la primera nieve para ir a buscarla en trineo al bosque cercano. Habla de esto sin cesar, preguntándose con pena si no sucederá lo mismo este año. Hasta se diría que ha olvidado así a su hijo.

Su hijo . . .

Hace justamente tres años vino a verlos por última vez. Empleado de oficina, pequeño burgués suficiente, les pareció demasiado hermoso y extraño, tanto que, no comprendiendo la nueva mentalidad de su hijo, y molesta, la madre tuvo la dolorosa impresión que lo habían perdido para siempre. Se sintió casi feliz el día en que se fué para no volver más, para no dar más noticias suyas, hasta una noche de la primavera última en que recibieron una carta de su mujer, desconocida para ellos, anunciándoles que su hijo había luchado valientemente contra el enemigo y que había caído por la patria, a la cabeza de su compañía.

Desde entonces la madre, a hurtadillas, enjuga a menudo gruesas lágrimas que ruedan abundantemente por su rostro. A veces, como si quisiera buscar socorro y apoyo, arroja miradas furtivas hacia el cráneo calvo del padre que duerme apaciblemente. Nunca comprende lo que ha pasado en realidad. Tenía antes un hijo y ya no lo tiene. Aunque real este hecho es para ella enigmático, capaz de enloquecerla. ¡La Patria! ¿Qué es? Seres primitivos, no saben lo que significa, no son capaces de comprenderlo y seguramente

no lo comprenderán nunca, cualesquiera que puedan ser las circunstancias.

La única cosa que la madre comprende bien, es que carecen de leña, que comienza a faltar la sal, que está cercano el día en que el pobre viejo no tenga ya su café por la mañana. Hace algunos meses, solamente en la última Navidad, por ejemplo, su miseria no era tan grande como ahora.

La muerte, que parece notar todo esto, espera su hora, acecha incansablemente a sus víctimas.

De nuevo las lágrimas mojan los ojos enrojecidos de la anciana. ¡Cuántas preocupaciones! ¿Cuándo y cómo sobrevendrá la muerte? ¿Cuál será el vecino que consentirá en prestar su caballo para llevar sus cuerpos inanimados al cementerio? ¿Con qué los vestirán antes de ponerlos en el ataúd?...

Ya está listo el café y la madre se apresura a colocarlo sobre la mesa para que se enfríe. Mientras tanto se dirige hacia la mecedora, entre el lecho del marido y la ventana, se coloca los lentes, abre el salterio en el lugar en que el día anterior dejó la tarjeta de Navidad enviada antaño por el hijo, lee lentamente, en voz baja, el salmo del día.

Sabe que el anciano, despierto ya desde hace un momento, escucha la lectura. Sabe también lo que pasa por la mente lánguida del padre, que sigue a su vez todos los movimientos de su propio pensamiento, y esto la atormenta...



Terminada la lectura, el campesino se levanta, toman el café y el collar de miseria comienza de nuevo.

. . .

Aunque sus medios de subsistencia fueron siempre muy reducidos, la situación no se había presentado nunca crítica, y la prueba era que la pareja nunca pidió ayuda a la comuna. Poseían una cabra, y a veces dos, tenían papas a discreción, satisfacían más o menos el hambre, con gran extrañeza de los vecinos. Muy generoso, el propietario del terreno en que estaba situada la cabaña les proveía de paja para los animales y se la daba con tanta bondad y delicadeza que no parecía hacerlo como limosna. Por su parte los viejos trataban de justificar hasta donde les era posible la generosidad del patrón. Todos los años el padre segaba para él, el heno del campo situado entre las rocas y el pequeño bosque vecino; demoraba más de un mes en efectuar este penoso trabajo que demandaba un esfuerzo considerable y le causaba no pocas molestias. Comenzaba por segar con la hoz, secaba el heno repetidas veces, esperando el día en que podía, por fin, transportarlo a la granja, ayudado por una cuerda que pasaba alrededor de sus viejos hombros. Entre tanto arreglaban el granero, cuidaban su pequeña hortaliza donde plantaban papas, recogían leña en el bosque, hacían planes para el próximo invierno.

Hasta aquí este trabajo se hacía normalmente sin

demasiada fatiga ni molestia. Al contrario terminada la cosecha, a medida que el grauero se llenaba, el padre sentía una viva satisfacción, su mejor recompensa.

No sucede lo mismo este verano de post-guerra. Todo parece diferente ahora que, con callado paso, un enemigo peligroso e invisible lo sigue por todas partes y que una sombra funesta turba su espíritu durante el reposo, como si un gran pájaro gris estuviera echado sobre sus hombros. Si mientras trabaja, el padre tiene una mala caída o hace cualquier otro movimiento torpe, inmediatamente reaparece el enemigo para mirar cómo sale el anciano del paso y para seguir con una malvada alegría las lágrimas de impotencia y de despecho que corren por el rostro arrugado del pobre diablo. Por más que éste oculte a su mujer sus sinsabores; por más que le diga que nada grave le ha sucedido, el intruso está siempre ahí, burlándose, y hace que la madre adivine la verdad.

El verano parece ahora más largo y más lento que nunca, y al contrario de todos los años anteriores, el padre no piensa en el próximo invierno, porque un horrible vacío ocupa cada vez más su cerebro impidiéndole hacer el menor proyecto que vaya más allá del día presente. Lucha desesperadamente contra sí mismo, trata de persuadirse de que hace mal en dejar que su pensamiento vaya a la deriva, no consigue a pesar de esto, desprenderse de la obsesionante convicción de que esta vez la cosecha del heno es perfectamente inútil



y hasta estúpida, aunque la cabra bala como siempre dentro del cercado.

Esta mañana el padre despertó antes de que su mujer se levantara. Por la expresión de la anciana, piensa con certeza que está tan abatida como él, y que la vida carece de atractivos para ella después de la muerte del hijo.

Y siguiéndola a hurtadillas su ansiedad aumenta cada vez más.

Piensa: «Si muero, quedará sola, completamente sola en este mundo. ¿Qué será de ella al perder su última razón de existir? Llego a preguntarme si tendrá valor de hacer el café todas las mañanas».

El pensamiento agoniza un instante, y en seguida: «¿Qué haremos para subvenir a nuestras necesidades? Nos hemos privado ya de los arenques. ¡Quién sabe si seremos capaces de pagar nuestro trimestre este otoño! ¡Con tal que tengamos bastante sal y que la cabra tenga leche! ¡De otra manera sería desastroso!

Y después un nuevo pensamiento:

«Parece que el tiempo mejora... Tengo que levantarme para ir al campo. No hay nada que hacer. ¡Tanto peor si estoy extenuado! El bano no puede esperar más, es el momento de entrarlo ahora o nunca. ¡Qué miseria!».

Y el pensamiento del anciano vuelve atrás, de la misma manera que antes se precipitaba hacia adelante. Respira profundamente como si aun durmiera, y con una tranquilidad falsa, su espíritu se complace en los

recuerdos felices de los bellos tiempos. Vuelto a la realidad, llega hasta chasquear la lengua y toma una posición más confortable en el lecho, cuando la madre coloca la cafetera sobre la mesa.

Es sólo una ilusión pasajera que se desvanece, cuando la vieja abre el libro de los salmos y se pone a leer. Siente una sensación dolorosa en su fuero interno. ¿Es posible que Dios mismo se vuelva extraño? Escucha con aire indiferente, buscando en vano la emoción habitual. . . Siente que la muerte ronda muy cerca, ávida e inminente. ¿Lo herirá hoy? ¿Lo abatirá mañana? ¡Misterio! Sería feliz si encontrara refugio y protección en la palabra reconfortante de Dios, pero desde ahora le es imposible, porque cada palabra que sale de los labios de la madre le parece revelar la presencia del mismo enemigo, tanto más temible cuanto que es invisible.

Hubo, sin embargo, un tiempo en que la lectura de la Sagrada Escritura, era el momento más bello del día, porque la dulce palabra divina armonizaba tan bien con el sol naciente y el trabajo de los campos que lo llamaba como un amigo llama a otro. En el mundo entero no existen otras cosas que se completen con tanta belleza! Por supuesto que sin hablar de la fiesta de comunión de verano.

De súbito el dolor del padre aumenta. Recuerda que este verano no han asistido a la comunión, aunque se inscribieron a tiempo. Uno de sus vecinos prometió prestarles un caballo para ir a la iglesia, pero cuando

el padre, cojeando, fué a buscar la bestia, se impuso con asombro que todos los caballos estaban ya en el potrero, porque la patrona los había enviado a escondidas del marido. Al regreso del padre, la madre estalló en sollozos, quitándose su traje de ceremonia cargado de sus recuerdos. Había guardado su hermoso pañuelo blanco, enjugándose las lágrimas primero con el delantal y en seguida con un paño de cocina. A pesar de todos sus deseos no se atrevieron a ir a la aldea a pie. . . . Aun antes de saber la triste noticia, la vieja se preguntaba con pena si su marido podría subir las gradas de la iglesia.

Así se había derrumbado la hermosa esperanza que saborearan prematuramente con tanto júbilo. Felizmente no se ha perdido todo, porque la próxima comunión debe tener lugar mañana y porque esta vez pueden contar con toda seguridad con el caballo del vecino. Aunque con el espíritu preocupado, el padre piensa en ello y se concentra de antemano mientras toma su desayuno.

El sol apenas aparece en el horizonte, pero ya se siente cierta pesadez, señal de que el calor será abrumador. Estrechando las altas varas que los dominan, soberbios montones de heno brillan bajo el sol que vierte su luz ondulante sobre los vastos campos que se extienden hasta perderse de vista. La cosecha es buena, dos veces más abundante que la del año anterior. El viejo campesino mira por la ventana, sale al camino y se va, por fin, orillando el campo vecino, con la

hoz en una mano y apoyándose con la otra en un grueso bastón para guiar sus pasos que tropiezan.

Cada vez más ardiente, el sol le lame la nuca seca semejante a un viejo pergamino, y como para impacientarlo a él, que hoy todo lo ve de color obscuro, el astro ilumina ante él los tesoros campestres, partecillas de flores y de hierbas de múltiples matices entre abundantes rastros.

• • •

El padre regresa a almorzar. Ha trabajado más allá de sus fuerzas, porque mañana es domingo, y hay que componérselas de manera que la interrupción no perjudique demasiado la cosecha, porque la canícula toca a su fin. Agotado por el esfuerzo que ha hecho, incómodo por el calor, atraviesa el umbral jadeante, y aunque la madre le prodiga sus cuidados con infinita suavidad, la expresión de dureza se acentúa, minuto a minuto, sobre su rostro. Sin dirigirle la menor palabra a su mujer, se arrastra con lúgubre aspecto hasta el balde de agua, en el rincón de la pieza, y bebe, manifestamente más de lo que necesita. Y sólo después de haber saciado su sed responde brevemente, muy bajo, con voz cansada.

La madre trae un plato, en el que flotan grandes trozos de pan remojado, lo pone sobre la mesa, al lado de otro con papas y de una taza de leche salada. El hombre come taciturno, limpiándose de cuando en

cuando los dedos en el pantalón, gesto instintivo que data de los tiempos muy lejanos en que se regalaba con un trozo de carne o con un arenque.

Mastica lentamente, distraídamente, a pesar de que afuera el ardiente sol de julio causa estragos, quema el suelo, seca la huerta, calcina el rastrojo. Es, ciertamente, el día más caluroso del verano; toda la naturaleza sufre con la canícula y carece de aire; reina una calma pesada que sólo es interrumpida por un violento bordoneo de insectos, en el que se descubre por instantes una nota melancólica: cómo si quisieran expresar su angustia, porque asistirán pronto a la caída del verano, que acaba de alcanzar su plenitud.

En el horizonte, hacia el lado del noreste, se forman nubes semejantes a ligeras olas. A pesar de que el cielo está bastante obscuro el padre no cree que llueva hoy.

«Pero, piensa entristecido, es muy posible que llueva mañana y entonces una vez más no podremos ir a la iglesia. La próxima comunión tendrá lugar dentro de tres semanas, en lo más rudo de la siembra, en que nadie querrá prestar un caballo por nada del mundo».

Se levanta de la mesa, se dirige hacia su cama, Muy fatigado siente deseos de tenderse, de hacer una pequeña siestecita, aunque sea sábado, día de trabajo.

La madre ha salido para ir a buscar la cabra. El silencio envuelve la pieza, sólo se oye el zumbido de las moscas y el impasible tic tac del reloj.

Sin darse cuenta el padre se queda dormido.

Pero el puntero del reloj no ha tenido tiempo para recorrer el espacio de dos cifras, cuando con un sobresalto el anciano se despierta, se frota los ojos, tiene la frente húmeda.

Seguramente debió tener un mal sueño. A decir verdad no sabe nada, pero siente que no podrá dormir más. ¿Por qué? ¿Qué sucede? Le parece oír un ruido muy suave, un movimiento casi imperceptible. ¿Es la madre que regresa o qué?

Oyó un murmullo prolongado, después una especie de rugido. Se diría un trueno...

¿Durmió mucho tiempo? No, si parece que ni siquiera ha dormido. ¿Cae la lluvia? Lo ignora, pero una gota caliente le moja el extremo del ojo. De súbito tiene la impresión, que no pudiendo contenerse más a a romper a llorar... ¿Tendrá mañana fuerzas para ir a la iglesia? No. No lo podrá ciertamente. Pero suceda lo que suceda, hay que entrar el heno, porque la cosecha toca a su fin.

El trueno de nuevo ruge en alguna parte... ¿Es verdaderamente el trueno? Se levanta, atraviesa la pieza, ve sobre las gradas de la escalinata a su mujer que le sale al encuentro, con rostro inquieto y a la vez lleno de compasión. Vacilante le pregunta si la necesita, si puede hacer algo para serle agradable. Su confusión es tan grande que ni siquiera oye, no le responde nada. El ruido de sus pasos arrastrados lo exaspera. Se apresura para irse, mientras la madre se queda llena de angustia.



Por el camino, el padre ve numerosos gañanes que van hacia los campos porque ya ha terminado la hora de la comida. En su desesperación, que aumenta desmesuradamente; tiene la idea de pedir a alguno de esos campesinos que tengan piedad de él, que se ocupen de su parcela.

«No, piensa, no, es cosa imposible. Es preciso que tú mismo hagas el trabajo».

Se arrastra penosamente, llega por fin, sin aliento, se pone al trabajo, al mismo tiempo que se da cuenta que jamás logrará terminarlo, tan grande es su debilidad.

Con una rapidez que lo sorprende, tiene lista la primera brazada de heno, y mira en todas direcciones para ver si la madre está ahí para que le ayude a ponerse la carga sobre la espalda. Juntando los párpados, la ve a lo lejos caminando lentamente, como si nada la apresurara. El se impacienta, y lleno de cólera hace un esfuerzo para cargar el heno sobre sus hombros, pero no lo consigue, la carga es demasiado pesada.

Estalla un nuevo trueno... ahora muy cerca... le parece que en su misma cabeza. Aunque lleno de terror, trata una vez más de levantar la brazada de heno, pero resbala, se tambalea, cae largo a largo sobre el suelo ardiente y hostil.

Entonces un torbellino de pensamientos comienza a dar vueltas alrededor de su cabeza.

«Mañana hay que ir a toda costa a la iglesia...»

«El heno se va a mojar . . . ¿Cómo guardarlo hoy mismo?»

«¡Y el hijo! ¡Ah!, hijo ingrato, nunca quiso pensar en sus padres!»

«¿Dónde está la madre? ¿Vendrá por fin?»

Pero ella ya está ahí, no se atreve a hablar frente a la catástrofe que avanza rápidamente.

Se diría que la misma ansiedad, el mismo presentimiento se apodera simultáneamente de los dos. Pien-san: la cabaña está aún muy lejos y hay que recorrer un buen trecho de camino para llegar a ella, mientras tanto las nubes se acumulan en el cielo, cada vez más negras, cada vez más amenazantes. ¿Cómo hacerlo?

Ahora bien, todavía no es la muerte. Con un último esfuerzo de energía, ayudado por su mujer, el padre consigue levantarse, carga de nuevo el heno que la anciana se apresura a arreglar lo mejor que puede, sacando las espigas con sus manos temblorosas. Consigue dar cinco pasos, tropieza, se desploma con su fardo. La madre deja escapar un sollozo, ninguna duda es posible ya.

Inanimado en el suelo, el padre tiene la fuerza necesaria para lanzarle una mirada extrañamente dulce, casi risueña, como aquella, inolvidable, que le diera antes, hace mucho tiempo, muchísimo tiempo.